



ANTONIO  
DOMÍNGUEZ ORTIZ  
**ESPAÑA**  
TRES MILENIOS DE HISTORIA



ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

# ESPAÑA, TRES MILENIOS DE HISTORIA

Marcial Pons Historia  
2023

Primera edición, diciembre de 2000  
Vigesimoquinta edición, diciembre de 2023

Traducción del prólogo a la segunda edición: Eva Rodríguez Halffter

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Antonio Domínguez Ortiz  
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
San Sotero, 6 - 28037 Madrid  
☎ 91 304 33 03  
[edicioneshistoria@marcialpons.es](mailto:edicioneshistoria@marcialpons.es)  
ISBN: 978-84-19892-03-4  
Depósito legal: M. 32.028-2023  
Diseño de la cubierta: Ene Estudio Gráfico  
Maquetación: Francisco Javier Rodríguez Albite  
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.  
Madrid, 2023

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Nota preliminar, <i>por María Victoria López-Cordón</i> .....	9
Prólogo a la segunda edición, <i>por John Elliott</i> .....	13
A guisa de prólogo .....	21
Capítulo I. Los orígenes. La romanización. España visigoda .....	25
Capítulo II. Conquista y Reconquista.....	57
Capítulo III. La España de las tres culturas .....	91
Capítulo IV. La España de los Reyes Católicos .....	121
Capítulo V. El gran siglo .....	159
Capítulo VI. El marco político del siglo XVII español .....	187
Capítulo VII. España y sus Indias .....	217
Capítulo VIII. El cambio dinástico y la Ilustración .....	239
Capítulo IX. Pinceladas sueltas sobre la sociedad española en la Edad Moderna .....	271
Capítulo X. Una era conflictiva .....	295

	<u>Pág.</u>
Capítulo XI. Revolución y Restauración .....	323
Capítulo XII. El reinado de Alfonso XIII.....	345
Capítulo XIII. La Segunda República y la guerra civil.....	375
Capítulo XIV. El franquismo .....	399
Mapas.....	425
Índice de nombres.....	443

## NOTA PRELIMINAR

Veinte años son muchos en la vida personal, porque el paso del tiempo deja su huella y ni somos lo que fuimos, ni las circunstancias son las mismas, ni nos rodean las mismas personas, de manera que las celebraciones casi siempre están envueltas en las brumas de la nostalgia. Pero ese hermoso peso de no ser lo que se fue, pero seguir siendo, no afecta a las obras, o, al menos, no a aquellas que, partiendo de una voluntad anticipada, se independizan, cobran vida propia y, al hacerlo, se insertan en un ciclo temporal mucho más amplio.

Hablar de los veinte años de vida de una editorial consolidada, como Marcial Pons Ediciones de Historia, y los casi veinte de *España. Tres milenios de historia*, de don Antonio Domínguez Ortiz, un libro que ha sido capaz de reunir no solo a muchos lectores, sino a lectores muy diferentes, no me resulta fácil por muchas razones, no por temor a que la amistad deforme mi punto de vista, sino por cierto prurito profesional, ya que nunca me ha resultado fácil historiar lo que he vivido de cerca. Hablar de una editorial que he visto nacer y crecer es, por mucho que me documente, echar mano del recuerdo. Que fuera en una librería especializada en Historia donde tomó cuerpo el proyecto editorial no fue casual. Rondaba en la cabeza de sus responsables, lo apadrinó Miguel Artola desde el primer momento junto a las diez personas que formaron su Consejo Editorial, y que todos ellos fueran profesores universitarios e historiadores de prestigio hizo posible que

existiera un clima de entendimiento para que surgiera una editorial rigurosa y plural en sus contenidos, abierta respecto a las perspectivas de enfoque con el objetivo de atraer no solo a un lector profesional, sino también a otro más indeterminado, interesado y culto que se sintiera atraído por el pasado. Buena parte de los libros publicados en Marcial Pons Historia se han ajustado a estos criterios, con un resultado que ha cumplido las expectativas iniciales, con más de trescientos cincuenta títulos en su haber. Un buen número de ellos corresponden a la Historia Contemporánea, predominante en los primeros años de actividad, posiblemente por la presencia de destacados especialistas en el Consejo Editorial y por el compromiso adquirido con la Asociación de Historia Contemporánea para la publicación y distribución de la revista *Ayer*. En todos los casos, sin embargo, como se puede observar en el catálogo, la historia española ha sido la verdadera protagonista de estos veinte años, por voluntad propia y, también, como consecuencia de que los autores españoles, que son mayoría, hacen pocas incursiones fuera de ella, si bien la presencia de hispanistas ha permitido incorporar formas distintas de hacer y de mirar procedentes de otras tradiciones historiográficas.

Estos apuntes pretenden a su vez ser testimonio de reconocimiento a un equipo que ha contribuido con su trabajo a difundir la historia española y lo ha hecho desde unos parámetros de exigencia, de manera que merece celebrar este aniversario con la satisfacción de haber logrado lo que pretendieron, formar un catálogo duradero, riguroso y plural y mantener el sello de calidad e independencia en cada una de sus publicaciones.

Pero tan importante como la reflexión sobre la editorial es la elección de la obra y del autor que se ha elegido para representar, casi a modo de balance, lo realizado en estos veinte años: una edición especial de *España. Tres milenios de historia*, de Antonio Domínguez Ortiz. Un historiador que se distinguió por su categoría intelectual y humana, cuya contribución al conocimiento de la historia es reconocida por todos. Sus textos nunca fueron un conjunto de datos, ni una superposición de visiones sectoriales, sino una malla donde se fueron prendiendo no solo los pueblos que vivieron en la Península Ibérica, sino quienes se asentaron en

ella, y donde arraigaron no solo culturas, sino personas concretas, hombres y mujeres, ricos y pobres, fanáticos y generosos, con sus errores y con sus logros. Una historia por cuya integridad siempre apostó, porque, nacida de la descomposición del Imperio Romano, iba cobrando coherencia dentro del marco político de un Estado que se fue construyendo en distintas fases.

Don Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909-Granada, 2003) fue autor de casi cuarenta libros y más de cuatrocientos trabajos a lo largo de más de sesenta años. Investigador entusiasta en los archivos, fue recogiendo datos no solo de forma sistemática, sino también aleatoria, y cuando en el transcurso de sus investigaciones encontraba algo que le interesaba, le permitía dar más personalidad a sus estudios y a sus intervenciones con la inserción en los mismos de un caso particular o de una anécdota. Fue modernista por vocación, quizás porque, como sevillano, quedó prendido por la fuerza y el colorido de esa ciudad en el siglo XVI, o porque su interés por la historia española le llevó a abordarla por su etapa de mayor proyección y, también, historiográficamente más controvertida. Pero su modernismo siempre se asentó en un amplio conocimiento de los siglos precedentes y posteriores porque su visión de los procesos de cambio estuvo más cerca de una evolución con distintos ritmos que de la ruptura. A ello contribuyeron sus muchos años de función docente, en los que pocos periodos históricos escaparon de sus clases. Desde que, en 1932, tomó posesión de la plaza de maestro de escuela en Écija, hasta 1979 en que se jubiló en Madrid como profesor de segunda enseñanza en el Instituto Beatriz Galindo, desde donde emprendió la conquista incruenta de la capital y antigua Corte, muchas fueron las horas de investigación en la vida de don Antonio, pero más pesaron los cuarenta años de enseñanza ininterrumpida en los que debió adecuarse a las exigencias propias de un temario de bachillerato. Algo que, con su habitual sutileza, supo aprovechar muy bien John Elliott en el prólogo a la segunda edición de *España. Tres milenios de Historia* al señalar que «fue en la práctica de ese oficio cuando desarrolló el arte de la exposición, clara y paciente, que tanto provecho produjo en su obra escrita». No deja de ser curioso que un profesor que no tuvo, en la práctica, alumnos universitarios contribuyera decisivamente a



su formación a través de sus obras que circularon ampliamente por las aulas mostrándoles la cara humana de la historia. Fue el historiador de las «clases privilegiadas», pero también de las minorías y los marginados: *La sociedad española del siglo XVIII*, *La sociedad española del siglo XVII*, *Las clases privilegiadas de la España del Antiguo Régimen*, *La historia de los Moriscos. Vida y tragedia de una minoría* —escrita en colaboración con Bernat Vincent—, *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias en la Historia de España* dirigida por Miguel Artola...

Don Antonio fue, y en ello coinciden todos los testimonios, un hombre sencillo y afable, un andaluz serio, de lenguaje mesurado y pausado, que, por carácter o circunstancias, trabajó siempre con total independencia, lo cual quiere decir que también lo hizo en soledad. Generoso a la hora de compartir sus conocimientos, agudo en sus comentarios, llegó a la historia por vocación, pero también por un sentido del deber y un profundo sentido de pertenencia a país, cuya historia estaba poco y mal difundida. Quiso escribir la historia «sin ira y sin nostalgia», desde un empirismo no incompatible con un cierto eclecticismo metodológico y entendió que la divulgación no solo era una exigencia del mercado, sino una obligación para quienes tenían el privilegio del conocimiento.

María Victoria LÓPEZ CORDÓN

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Universalmente llorado por sus compañeros y por un amplio círculo de amigos y admiradores, tanto dentro como fuera de España, don Antonio Domínguez Ortiz murió el 21 de enero de 2003 a los noventa y tres años. Su vida se prolongó lo bastante para permitirle ver y disfrutar, a su manera característicamente modesta, del extraordinario éxito de su libro, *España, tres milenios de historia*, publicado con excelentes críticas algo más dos años antes. En marzo de 2001, poco después de dicha publicación, me escribió para solicitar mi opinión sobre el libro, del cual me enviaba amablemente un ejemplar. «Probablemente», decía, «será mi última obra importante, pues a mi edad ya sólo podré acometer áreas secundarias para cumplir con compromisos pendientes. Mi curiosidad por todo lo que ocurre en este pícaro mundo sigue viva pero ya no tengo la misma capacidad de trabajo, mi corazón está cansado y ya viajo poco». A continuación miraba hacia el futuro, comentando en primer lugar la cercanía de lo que prometía ser una buena primavera tras las lluvias torrenciales del invierno. «El campo estará precioso y las sierras llenas de nieve». La carta proseguía así: «Estará recibiendo también los innumerables volúmenes generados por la actividad de la Sociedad Estatal para los centenarios de Carlos V y Felipe II. Y ya se acentúan los preparativos para celebrar el de Isabel la Católica, ¡que será interesante y controvertido! Seguro que me pe-

dirán colaboración, aunque no sé si podré hacer algo. No sé mucho de aquel reinado».

Era una carta espléndidamente característica, escrita, como siempre, en una máquina que, al parecer, carecía de acentos. Las referencias personales típicamente desapasionadas y sin un ápice de auto-compasión; el repentino vislumbre, como por una ventana, de la primavera granadina, dibujada por un hombre que, si bien rodeado de libros, no perdió nunca sensibilidad para la belleza natural y las cosas sencillas de la vida; el comentario irónico sobre los «innumerables» volúmenes conmemorativos, en los que él tan generosamente había colaborado, junto a la perspectiva de nuevas conmemoraciones y nuevas exigencias de tiempo y dedicación; y su modesta protesta de no tener un conocimiento profundo del reinado de Isabel la Católica: todo ello evoca a la perfección el talante y personalidad de uno de los mejores historiadores que ha vivido y trabajado en la España del siglo xx.

Quizá la clave de su vida de historiador resida, no obstante, en las sencillas palabras: «Mi curiosidad por todo lo que ocurre en este pícaro mundo sigue viva». Era ésta una curiosidad que le acompañó siempre, y le mantuvo activo, trabajando y escribiendo casi hasta el día de su muerte. Acaso su corazón estuviera cansado, pero hasta el final conservó la claridad de pensamiento y la determinación de cumplir al máximo sus obligaciones como historiador, comunicando a otros los frutos de esa insaciable curiosidad que le llevaba a pasar, año tras año, muchas y solitarias horas en bibliotecas y archivos.

Mi primer recuerdo de don Antonio, que se remonta a 1954 o 1955, es de verle sentado en una de las mesas para investigadores del Archivo General de Simancas, revisando sistemáticamente el legajo de documentos que tenía delante, y anotando cuidadosamente los datos de interés en innumerables fichas. Todos sus actos, como su conversación, eran meditados y pausados. Las fichas archivísticas que pacientemente acumuló a lo largo de los años representaban un inmenso depósito de información nueva, un arsenal al que recurrir para los reveladores ejemplos y los asombrosos detalles ilustrativos que daban frescura y novedad incluso a un artículo menor o una conferencia sobre un tema histórico muy manido.

Su producción histórica es prodigiosa: casi cuarenta libros y unos cuatrocientos artículos en el transcurso de una vida larga e inmensamente productiva<sup>1</sup>. Sin embargo, su primer libro, y uno de los más atractivos, *Orto y ocaso de Sevilla*, no se publicó hasta 1946 cuando Domínguez Ortiz tenía ya treinta y cinco años. Antes tuvo que aprender el oficio de historiador. Hijo de un tallista, era artesano por naturaleza, pese a constatar —tras cuatro años juveniles trabajando en el taller de su padre, en su ciudad natal de Sevilla— que la talla de imágenes religiosas no era lo suyo. Pero este legado artesanal se volcó en su quehacer, y halló expresión en la paciente estructuración de su material documental y en la claridad y orden con que iba presentando sus argumentos y desarrollando sus temas.

Una vez dominado el oficio, Domínguez Ortiz produjo un venero continuo de trabajos que han enriquecido, han dado profundidad y han transformado nuestro conocimiento y comprensión de la historia de la España moderna. Domínguez Ortiz renovó la historia social española con sus densos volúmenes sobre *La sociedad española en el siglo XVII* (1963-1973) y *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español* (1976), y con sus estudios sobre las minorías marginadas de conversos y los moriscos<sup>2</sup>. Su *Política y hacienda de Felipe IV* (1960) fue una innovadora interpretación de un período crítico de la historia hacendística española, basado en su extenso trabajo en el archivo de Simancas. Exploró las consecuencias sociales y políticas de las medidas fiscales de la Corona en su precursor librito, *Alteraciones andaluzas* (1973), e iluminó con luz clara la historia de su amada Andalucía en una serie continua de libros y artículos a todo lo largo de su vida activa.

---

<sup>1</sup> Véase la bibliografía de Antonio Luis Cortés Peña, actualizada hasta el 2003, y publicada en *Historia social*, núm. 47 (2003), pp. 131-156. Todo este número de la revista está dedicado a «Domínguez Ortiz y la historia social de la España moderna», y contiene valiosos ensayos sobre diferentes aspectos de su contribución al replanteamiento de la historia social de la España moderna.

<sup>2</sup> *La clase social de los conversos en Castilla*, en la Edad Moderna, Madrid, CSIC, 1955; *Los judeoconversos en España y América*, Madrid, Istmo, 1971; *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría* (en colaboración con Bernard Vicent), Madrid, Revista de Occidente, 1978.

Gran parte de esta enorme producción, especialmente en sus primeros años, era obra de un historiador que trabajaba en un relativo aislamiento, por elección y por circunstancia. No pertenecía a ninguna escuela histórica pero se mantenía al día de los títulos publicados, extranjeros y nacionales, y se quedó con lo que prefería de los diversos movimientos historiográficos de su tiempo, sin dejar jamás que influyeran en él de manera excesiva. Por temperamento, Domínguez Ortiz era un historiador empírico que atendía primero a los documentos y construía su trabajo en torno a ellos, aplicándoles su formidable inteligencia histórica y una fuerte dosis de sentido común. Esta independencia de pensamiento, que contribuyó a hacerle tan excelente historiador, tuvo sus efectos en su carrera profesional. Hombre de integridad absoluta, no tenía ninguna afiliación ideológica, nunca se plegó a los vientos políticos y nunca obtuvo la cátedra de universidad que parecería justa recompensa a la calidad y cantidad de sus publicaciones.

Pero como catedrático de una serie de institutos de enseñanza media, finalizando en el Instituto Beatriz Galindo de Madrid, del cual se jubiló en 1979, desarrolló el arte de la exposición clara y paciente, que tanto provecho produjo en su obra escrita. Quizá sus propias experiencias en los difíciles primeros años en la enseñanza, antes de que le llegara el reconocimiento nacional e internacional, sirvieran también para hacerle un hombre extraordinariamente generoso cuando la gente recurría a él en busca de ayuda. Sin estudiantes propios de doctorado, escuchaba pacientemente a jóvenes historiadores en busca de orientación en el comienzo de sus carreras, y siempre estaba dispuesto a darles información extraída de su vasto fondo de materiales de archivo. En la primera carta que recibí de él, escrita en Granada en 1955, me decía: «Le veo a Vd. algo desanimado y con ganas de marcharse de Madrid; tal vez el ambiente catalán le resulte más acogedor; pero en Madrid hay también muchísimo material, sobre todo en la sección de Consejos del AHN», y pasaba a ofrecerme algunas referencias útiles. Sin duda habrá otros innumerables historiadores a quienes diera aliento y consejo similares.

Esta buena disposición a compartir generosamente sus conocimientos con los demás, sin hacer jamás alarde de ellos, era total-

mente típica del hombre. El éxito, cuando le llegó —su elección en 1974 para la Real Academia de la Historia y como Miembro Correspondiente de la British Academy, seguida de una profusión de honores y distinciones, entre ellos el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1982— le dejó aparentemente inalterado, aunque acaso aumentara su confianza en seguir su propia senda. Siguió siendo tan modesto como siempre; su discernimiento siguió siendo, también como siempre, un modelo de agudeza y ponderación. Ante todo, no perdió nunca la vocación de explicar e interpretar la historia de su país natal en modos que la hicieran accesible al lector profano.

Dicha vocación encontró expresión en libros de texto, en obras generales dentro de grandes colecciones, como su volumen sobre *El Antiguo Régimen* (1988) para la *Historia de España* dirigida por Miguel Artola, y finalmente en lo que, según me dijo, iba a ser su «última obra importante»: *España, tres milenios de historia*, publicada aquí en esta nueva edición. No es dado a muchos historiadores alcanzar la edad de noventa años no sólo con sus facultades intactas sino también con su apetito de trabajo sin merma; y menos aún serán los que utilicen el tiempo que les queda para resumir el conocimiento acumulado y la perspectiva extraída de una vida entera de lecturas, investigaciones y enseñanza con objeto de elaborar un estudio extenso sobre la historia de su país para el público general. Esto es, no obstante, lo que hizo don Antonio.

En su «A guisa de prólogo» deja muy claro que lo que le movió fue un profundo amor a su país, y un fuerte sentido de que, debido al actual énfasis en la enseñanza de la historia contemporánea y debido a la tendencia hoy en boga hacia planteamientos excesivamente sociológicos, las nuevas generaciones estaban llegando a la madurez con muy pocos conocimientos de la historia pasada de su país, y escasa comprensión de esenciales hechos históricos. Este libro había sido escrito, como él mismo decía, «con cierto aire de testimonio literario», como contribución personal a lo que él consideraba la urgente misión de devolver a España su historia.

Si hay una palabra que puede compendiar esta obra, la palabra es «perspectiva». «Para una visión adecuada de los últimos veinte años», dice Domínguez Ortiz al final del libro [pp. 372-373]...

«faltan aún documentos, faltan testimonios y falta, sobre todo, perspectiva». Sin embargo, para un historiador que era magistral a la hora de presentar el pasado en forma sencilla y apetecible, el pasado en sí no era nunca sencillo y quizá ni siquiera el paso de tres o cuatro siglos fuera suficiente para suministrar una perspectiva clara. ¿Qué tendrían que haber hecho, por ejemplo, Felipe IV y sus ministros frente a los crecientes problemas de la España del siglo xvii? «Aún hoy», escribe [p. 178], «considerando el problema con una perspectiva de siglos, la respuesta no está clara». Son necesarios conocimientos, paciencia y la capacidad para entrar en mundos mentales ajenos y distantes si el historiador quiere tener la perspectiva del pasado que le permita formarse juicios ponderados. Y aun así, porque los hechos son complejos, porque los seres humanos no siempre actúan de manera racional, y porque el azar forma parte de todo acontecimiento histórico, siempre hay aspectos del pasado que seguirán esquivándonos.

Era en parte debido a su clara conciencia de todo esto que don Antonio Domínguez Ortiz era tan excelente historiador. Se aproximaba al pasado, como todo buen historiador, con la debida humildad y nunca apresuraba sus juicios. Pero esto no le impedía formular concisos y expresivos veredictos sobre los hombres y los acontecimientos una vez había estudiado la evidencia, como se advierte en sus comentarios de pasada sobre el desafortunado Carlos II [p. 187] o sobre el carácter de Francisco Franco [p. 351]. Pero sus observaciones y juicios surgen de una larga perspectiva temporal —Franco es comparado con Felipe II, la generación del 98 con los arbitristas del siglo xvii [p. 303]— y sus conclusiones descansan sobre el conocimiento acumulado a lo largo de una vida dedicada a la lectura, la investigación y la reflexión.

Es esta amplia perspectiva de la historia de España, en torno a cómo ha evolucionado y ha llegado a ser como es, lo que convierte *España, tres milenios de historia* en un libro tan sugerente. Es, como Domínguez Ortiz quería, el testamento literario de un sabio historiador que quiso relatar para nuevas generaciones la historia de su país como él había llegado a entenderla. Y se esforzó para hacerles el relato asequible pero sin ocultar la complejidad del pasado y las dificultades inherentes a su interpretación. Lo que él de-

seaba era que se distanciaran, como había hecho él, de la agitación del presente y se preguntaran por qué su país, para bien o para mal, había llegado a ser la España que hoy conocemos.

Pero el libro contiene también un sub-texto, encerrado en la sola palabra de su título, *España*. Es ésta una obra dedicada a la historia de España y de *todos* sus moradores. En un momento dado, quien fue el menos ideológico de los historiadores y tanto hizo con su propia obra para promover la historia regional, deja que asome su preocupación: «las grandes figuras de la Hispania romana ejercitaban instintivamente ese arte de las fidelidades múltiples que los nacionalismos excluyentes de nuestros días parecen haber olvidado» [p. 31]. Don Antonio, con noventa años y tres milenios a su espalda, seguía pensando en el futuro.

John ELLIOTT



## A GUISA DE PRÓLOGO

Es muy conocido el cuentecillo del escultor a quien regalan un gran tronco de noble madera con el que piensa realizar un san Cristóbal y tras varias peripecias se queda en la mano de un mortero. La gestación de este librito tiene alguna semejanza con el susodicho cuentecillo: la idea original arranca de cuando en mis años mozos (infantiles casi) soñaba con emular o superar a don Modesto Lafuente escribiendo una historia de España de dimensiones colosales, «desde los tiempos más remotos hasta nuestros días». Luego, la realidad se fue imponiendo; escribí manuales didácticos que debían ajustarse a ciertas normas legales y trabajos de investigación en los que tenía libertad para elegir materia y método. Me circunscribí a una época bastante amplia de nuestro pasado, aunque sin perder nunca de vista que esa época era parte de un todo mucho más amplio. La esperanza de escribir algún día una historia total de España que recogiera lo esencial de las investigaciones en curso se fue diluyendo conforme avanzaba la marea alta de una bibliografía que convertía al presunto piloto en un naufrago que bracea en busca de un madero que lo sostenga a flote. Sin embargo, nunca perdía la esperanza de echar algún día una ojeada al conjunto. Una aspiración que conjuga el deseo personal de perfilar la imagen de una España «madre de muchos pueblos» y la aspiración del docente que querría transmitir esa imagen a un público amplio. Al escribir las siguientes páginas he aparcado mi vocación de investigador para volver a aquella otra de docente,

nunca olvidada, aunque el Estado me haya declarado fuera ya de sazón para ejercerla. He resistido más de una vez a la tentación de insertar una cita, una nota, para mantener ese carácter.

Escribo estas páginas, con cierto aire de testamento literario, para responder a una demanda imperiosa, para colaborar en una tarea de renovada actualidad. Parece superfluo añadir una historia de España más a las muchas que inundan el mercado, pero el hecho de que el mercado las siga absorbiendo prueba que responden a una necesidad, satisfacen unas aspiraciones, llenan un vacío; el vacío que deja la ausencia de una auténtica enseñanza histórica en los actuales planes de enseñanza obligatoria, en cuya parte general (no quiero referirme aquí al problema de las historias regionales) aparece una historia contemporánea que se supone es lo único que debe aprender nuestra juventud y que no siempre está concebida como auténtica historia, sino como un conjunto de datos y antecedentes para entender un informe de tipo sociológico sobre la situación actual de España.

Este sociologismo es la herencia de una escuela pedagógica que, tras haber causado grandes estragos en el sistema educativo de la Europa occidental, ahora retrocede, dejando como secuela unas generaciones escolares ayunas de formación histórica. Y como nuestro retraso cultural respecto a Europa, aunque se vaya acortando, existe, ahora estamos en pleno debate sobre algo que ya debería estar resuelto hace tiempo. Se trata, en suma, de recuperar el sentido histórico de los hechos, para lo que es esencial la temporalidad, la causalidad, el *antes* y el *después*. El sociólogo estudia en abstracto el concepto de *crisis agraria*, por ejemplo. El historiador estudia el encadenamiento de una serie de crisis concretas, ligadas a unos entornos, y entonces no nos basta retroceder al siglo XIX para entender las crisis agrarias del XX, hay que ir mucho más atrás, individualizar, enlazar con ideas, sentimientos, leyes que pueden datar de hace muchos siglos.

La generación actual tiene la intuición de que la información histórica que recibe en los centros no es completa ni adecuada, y en un esfuerzo instintivo por reparar esa deficiencia se interesa por obras históricas, incluso las de aquellas edades y materias que, con arreglo a ciertos criterios, «no sirven para nada», porque, si que-

remos saber algún dato concreto, podemos recurrir al Espasa o al ordenador, reservando el ordenador que la naturaleza nos ha colocado en la caja encefálica para las alineaciones de los equipos que, ése sí, es un *contenido* que no merece la reprobación que cae sobre la serie de los reyes de la Casa de Austria.

Escribo, pues, estas reflexiones que abarcan desde que el conjunto de los pueblos que viven en la piel de toro adquieren un sentido de unidad, al menos visto desde fuera, desde las noticias consignadas por escritores griegos y romanos. Si la fecha de 1100 a. J. para la fundación de Cádiz es exagerada, puede, sin embargo, decirse que desde el Hierro hay ya en la Península ciertos factores de unidad e interrelación entre sus pueblos. Por eso no me parece exagerado hablar de un Trimilenario. Se dirá, por ejemplo, que había más relaciones entre los pueblos del sur de Hispania con otros del Mediterráneo que con la cultura de los castros. Evidentemente; pero hubo relaciones entre la Turdetania y los pueblos del noroeste; luego, los romanos unieron ambas culturas con la Vía de la Plata, y en adelante no dejó de haber relaciones, migraciones, rutas de peregrinación...

No me he propuesto hacer una historia convencional. No es preciso buscar omisiones, lagunas. Las conozco, son deliberadas. Lo que yo he querido hacer es un cañamazo de historia política que es el sustento de las demás historias. Y sobre ese fondo enhebrar algunos episodios, algunos comentarios que pueden coincidir o no con los de los lectores. No es posible entablar con ellos un diálogo como tantas veces he mantenido en mis clases. Pero a ellos corresponde el juicio (que temo), el veredicto (que acepto) y la última palabra.

Diciembre de 2000